

moso á las mismas puertas de su palacio, conteniendo además numerosas reses cervunas.

Poco después de esto, han consagrado algunos días á la caza en los montes de Mohernando los Sres. Silvela (don Manuel), La Serna, Leon, Albareda, Correa, Valdés, Page, Fernández Flores, Barón de Cortes, Danvila, Guillén, general Berges y otros, recibiendo en elegante alojamiento y riquísima mesa los finos obsequios de la duquesa Angela de Medinaceli, que tan admirablemente regala á sus amigos en su delicioso cazadero, donde, como en su palacio de Madrid, alterna la más dulce confianza con el más exquisito buen tono.

El Duque de los Castillejos ha llevado también á sus amigos más íntimos, entre los que se han contado á los señores Heredia, Argaiz, Morales, Córdoba y otros, á su castillo de Toledo, donde han batido abundante número de venados, corzos y jabalíes.

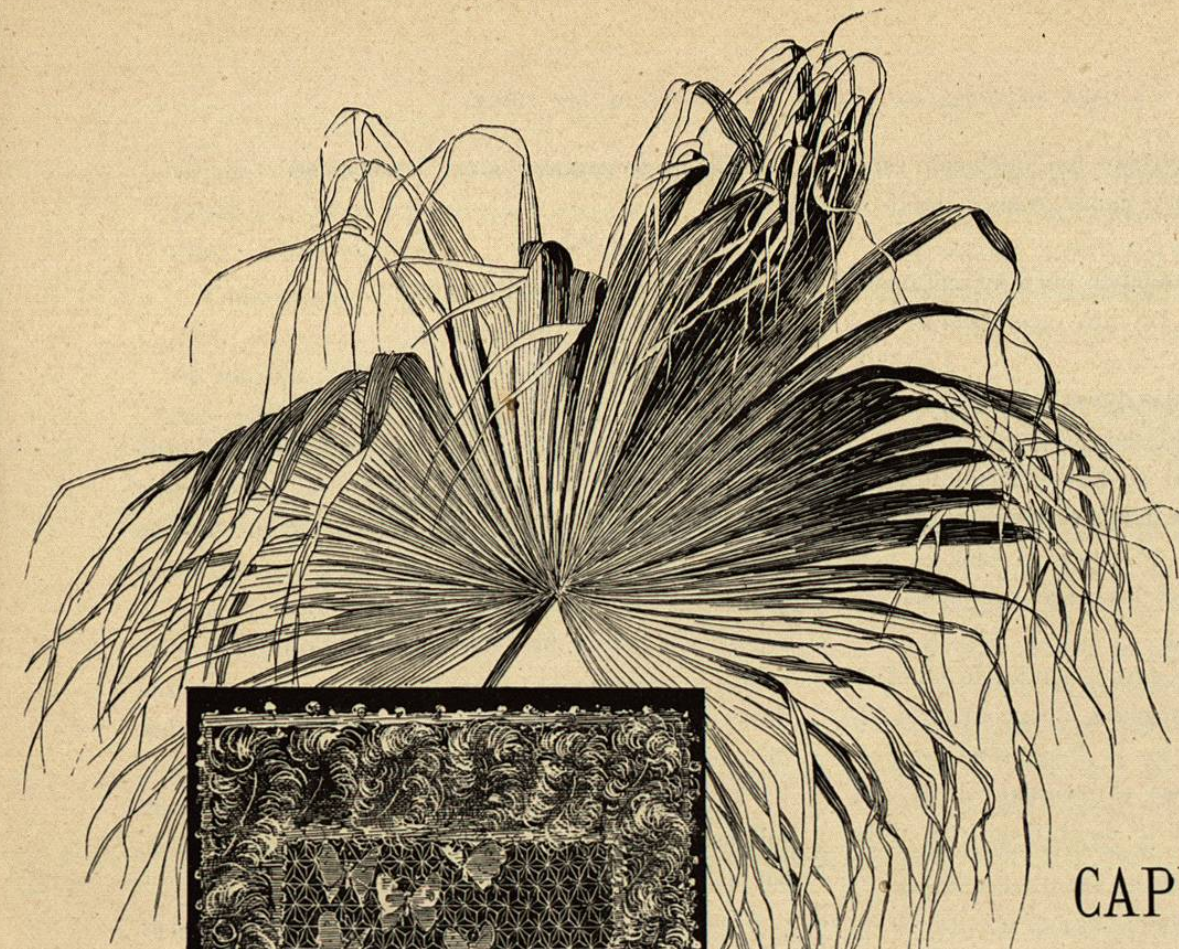
En los Santos de la Humosa han cazado, con su propietario D. José Abascal, los Sres. Sagasta, Navarro y Rodrigo, Arroyo (D. Enrique), García Trapero y Parra, matando centenares de conejos y muchas perdices.

Las sociedades particulares que se distribuyen los montes que circundan á Madrid en pocas leguas á la redonda, han dado muchas cacerías, haciendo grandes matanzas y cuyas descripciones llevarían algunos números de nuestro periódico. Por eso basta con estas breves indicaciones.

Otra brillante cacería se verificó en octubre de 1883 por

los señores Duque de la Torre, Conde de Casa-Sedano, don Manuel Danvila, D. Alejandro Pidal y Mon, D. Alberto Quintana, Conde de la Puebla, D. Alberto Porlitz, Barón de Cortes, Conde de San Antonio, Barón del Castillo de Chirel, D. Mariano Barranco, D. Leopoldo Serrano, D. José Maycas y D. José Gutiérrez de la Vega, convidados para una de esas grandes cacerías con que suele obsequiar el opulento naviero á sus amigos, entre los que elige afamados cazadores y distinguidos hombres públicos, lo cual ha solido alguna vez dar que decir y aun que hacer á los círculos políticos de la corte. Añádanse á esos nombres los de D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Emilio Castelar, D. Cristino Mártes, D. Eugenio Montero Ríos, D. Eduardo Leon y Llerena, D. José López Domínguez, actual Ministro de la Guerra, y otros, entre quienes el Duque de la Torre ha distribuido las piezas de caza mayor y menor muertas por él y por aquellos señores, y tendremos con la escopeta en la mano y de servilleta prendida una numerosa falange en que figuran todos los colores, matices y cambiantes de la abigarrada política española: neo católicos, moderados históricos, conservadores-liberales, centralistas, constitucionales, izquierdistas dinásticos, republicanos, etcétera, etc., etc.

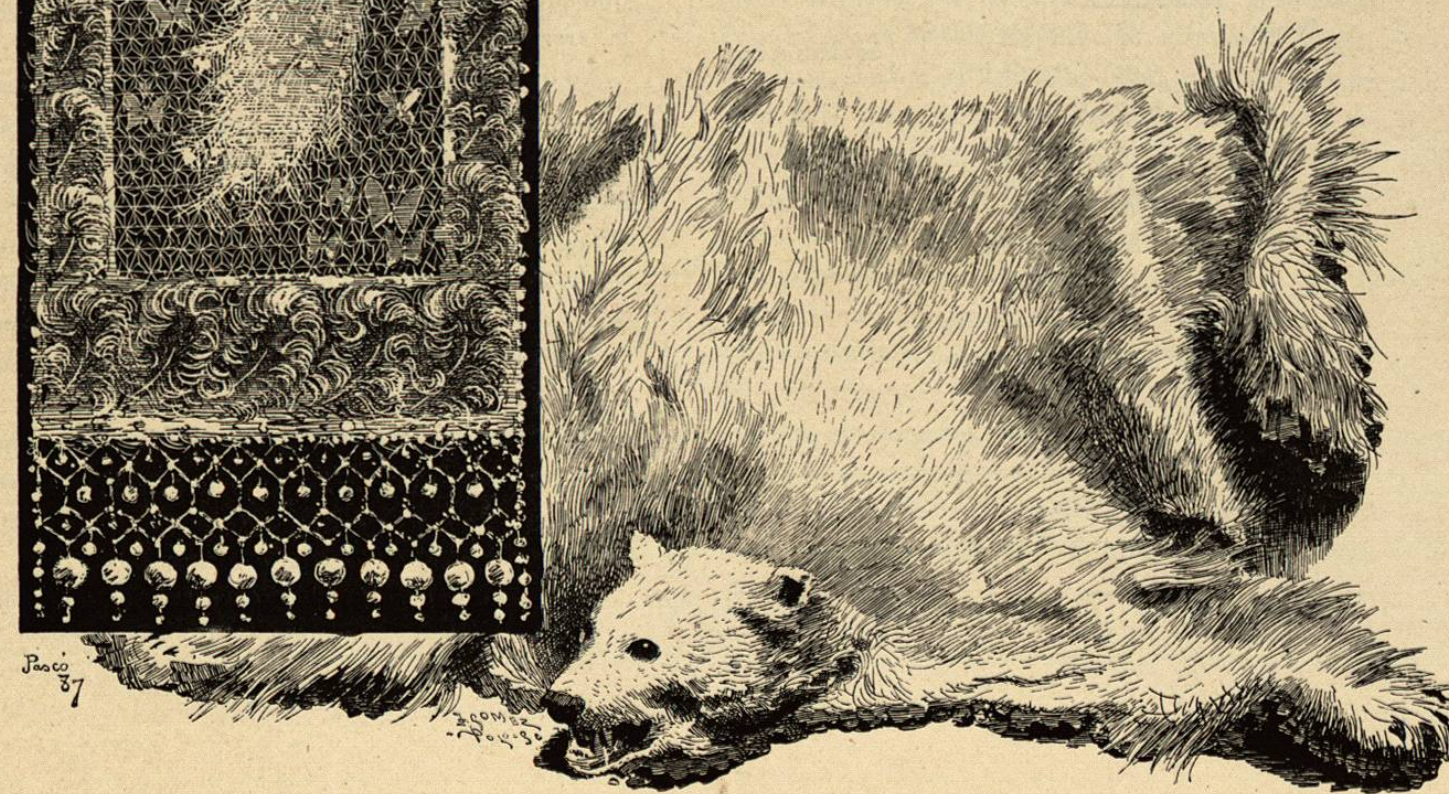
Esta fiesta venatoria fué dedicada por el Marqués de Campo al Duque de la Torre, y por eso los demás cazadores tuvieron el buen acuerdo de regalarlo además con el rico botín de la cacería.»



CAPÍTULO VIII

EPÍLOGO VENATORIO

ÉLEBRE es el libro de cacerías publicado por el Príncipe heredero de Austria. Después de relatar las que había hecho en todos los rincones del mundo, concluía contando dos de las que en España había estado, allá en los Picos de la sierra de Málaga, en que mató águilas de especie muy rara, y otra frustrada en un punto donde llegó con gran afán buscando una clase dada de aves de rapiña, y donde, al preguntar al guarda



de aquellos montes, que avisado con antelación esperaba su visita, si en verdad había tantas como decía la fama, éste le contestó:

—Sí, señor; hasta ayer andaban por aquí una media docena; pero no tiene V. ya que incomodarse, aquí están.

Y le enseñó las seis águilas que creyéndole hacer un gran obsequio, había muerto para el Príncipe.

Termina el Príncipe real su libro diciendo que no hay sitio alguno en Europa donde se pueda cazar más y mejor que en España; que aquí la caza es más salvaje, más numerosa, y sin embargo, más difícil de tirar que en ninguna parte.

Todo esto lo he recordado, agradeciéndoselo á S. A. I. en el fondo de mi alma cinegética, al encontrar la ad-junta estadística publicada en la *Correspondencia*, estadística alemana en que veo el resultado de la caza en el Reino de Prusia desde 1.º de abril de 1885 al 31 de marzo del 86.

Dice así:

Pelo.	14,460	Venados.
»	8,543	Gamos.
»	108,602	Corzos.
»	9,019	Jabalíes.
»	2,367,927	Liebres.
»	314,009	Conejos.
»	84,301	Zorros.
»	5,051	Tejunos.
»	4,092	Nutrias.
»	606	Gatos monteses.
»	5,475	Martas.
»	5,312	Hurones.
»	27,168	Garduñas.
»	23,578	Comadreja.
»	592	Focas.
Total....	2,978,735	
Pluma.	387	Coqs de bruyere. } desconocidos en España
»	6,016	Coqs de bois. }
»	2,209	Ortegas.
»	2,521,195	Perdices.
»	102,836	Codornices.
»	135,568	Faisanes.
»	878	Abutardas.
»	40,819	Chochas.
»	277	Cisnes salvajes.
»	3,400	Patos salvajes.
»	269,765	Ánades.
»	51,991	Becasinas.
»	1,277,177	Tordos y zorzales.
»	15,888	Garzas.
»	119,684	Aves de rapaña.
Total....	4,548,093	

Además se mataron como piezas raras:

- 1 Toro en Silesia.
- 9 Alces en Prusia oriental.
- 4 Lobos en Brandemburgo.
- 17 Castores en Sajonia.

El valor en venta de las piezas muertas puede calcularse, tomando un término medio ó precio medio para las diferentes especies de la caza mayor, así como para la piel de los zorros, las nutrias, martas, fuinas y garduñas, contando los conejos á medio marco, ó sea 0'62 de peseta; las codornices á 36 céntimos, y los tordos y zorzales á 15 céntimos en la suma mínima de 12.000,000 de marcos, ó sea 60.000,000 de reales, de los cuales 9 representan el valor de la caza de pelo y 3 el de la de pluma, mientras que en el año 1881-82 sólo ascendió á 5.722,000 marcos, y con el producto de las pieles á 6.470,000 marcos.

Ahora bien: ¿cuál sería la estadística española, si es que se tratara y se llegara á formarla, que lo dudo? Cuan lejos estaríamos de esos 14,460 venados; cuan distantes de esos 108,602 corzos y de esas 2.367,927 liebres, aunque entren en cuenta las 2,000 que mata anualmente el Marqués de Mudela en la Mancha.

¿Dónde se matarían en España esos 9,019 jabalíes que murieron en Prusia, y esas 84,301 zorras?

Veamos ahora en lo que sobrepasaríamos á los prusianos.

Creo, sin haber para ello formado estadística, que los 314,009 conejos prusianos tendrían que combatir aquí por los menos con 6 á 7.000,000 de los de su clase; que las 2.521,195 perdices tendrían que habérselas, por lo menos, con otras tantas españolas, apesar de lo que aquí destruyen los pastores y los cazadores de jaula, «raza vil y maldita.»

No quiero ni pensar en el ejército, con las que tendrían que vérselas las 102,836 codornices muertas en Prusia, aunque al hablar de estas aves, y como dato para el que en España piense formar estadística, le diré que al consultar la *Gaceta oficial* de agosto último encontraré que en dicho mes sólo había pagado derechos de consumos una sola codorniz, cuando en aquel mes por las calles y plazuelas se habían vendido un millón de ellas.

Los patos salvajes también están aquí en mayor número, no encontrándose, sin embargo, por estas tierras los 269,765 ánades y cisnes salvajes que se nos dice murieron en Prusia.

La muerte de un toro en Silesia confieso que me ha

dejado indiferente, aquí, donde cada domingo se degüellan en plaza cerrada seis ó más por cazadores de oficio, y bien pagados.

Como piezas raras, tenemos para opener á los nueve alces, los cuatro lobos y los 17 castores, un centenar de rebecos, algunos osos, allá en Galicia y en el Pirineo, y unas cuantas docenas de lobos de los que caen bajo los tiros ó palos de los pastores, á quienes más atañe su vida ó muerte.

No he de añadir á estos bichos raros un burro muerto por un amigo mío que iba cazando codornices, y que con perdigón menudo hizo carambola de codorniz y asno.

La codorniz pasó al morral (1).

Traje de caza.—El venador debe principalmente atender antes que á la elegancia del traje, á su comodidad y conveniencia. Es un mal que el hombre tenga en materia de trapos algo mujeriego.

Calzado.—Suela doble, que no deja sentir la escabrosidad del terreno, herrada, que agarre y no se deslice, amplia que abarque mucha superficie y aumente la base y la seguridad; caras y demás de becerro en su color natural, fuerte pero no duro, blando, flexible, suave; medida estricta, justa, ni apretada, ni holguera; botina ó borceguí, no zapato, que matan sus rebordes: he aquí el calzado selecto del cazador. Pero en terrenos quebrados y resbaladizos se necesita suela de cáñamo ó alpargata.

Polainas.—Han de ser de cuero en su color natural, pues de otro modo necesitarían betún todos los días, ó estarían descoloridas y de mal ver; y fuertes para que llenen su objeto, que es resguardar bien las piernas contra todas las malezas del campo y ceñidas sin presión, especialmente de boca para no dar paso á nada extraño.

Pantalones.—Han de ser de lana siempre, de más ó menos cuerpo, según la estación, y anchos, ó desahogados de modo que no embaracen ningún movimiento. Prendidos y sujetos á las piernas por las polainas, arrancarán en pliegues flojos por debajo de las rodillas, dejándoles libre y despejado juego. Al pantalón, como á las demás prendas del traje venatorio, no deben faltar grandes bolsillos.

Chaleco.—Largo y cerrado hasta el cuello en todo tiempo y de lana más ó menos confortable, según la estación. El pecho es la caja que guarda la salud de todo el cuerpo.

(1) V. DE IRUESTE, *Crónica Venatoria*.

Chaqueta.—El cazador no debe usar faldones, ni nada que lo embarace; pero ya que por elegancia los use, sean de muy poco vuelo, para que no sea mucho el embarazo. Nosotros, empero, continuaremos prefiriendo la chaqueta ancha y larga sin que pase de las ingles.

Sombrero.—El sombrero de campo y campaña debiera ser, en primer lugar *sombrero*, y en segundo *paraguas*.

Castor impermeable, de alas consistentes y amplias, de color blanco, que no absorba como el negro, sino que rechace los rayos del sol, y con barboquejo de cinta para el aire: he aquí nuestro sombrero de caza.

Guantes.—El cazador que arrostra las inclemencias de todas las estaciones, necesita guantes, de lana en invierno y de seda en verano. Gato con guantes no caza ratones, dice el refrán, y tiene el refrán razón.

La música y la caza.—La caza ha inspirado preciosas composiciones musicales, y los esparcimientos del campo son fuente purísima de inspiraciones.

El prototipo de los cazadores músicos es el célebre Haydín.

Su sinfonía *La Caza* es una obra notable como cuadro de género, escrito en el tono especial de la trompa.

Toda la primera parte es la exposición de los preliminares de la caza: conversaciones, rumores, antes de que suene la señal de marcha, despedidas, todo se encuentra y se oye en página musical tan admirable. Luego da principio la batida: el cuadro entonces adquiere mágicos colores y aparece lleno de movimiento y de vida: escúchase el galopar de los caballos y el ladrido de los perros, mientras las trompas tocan á lo lejos una sonata deliciosa.

La caza sigue su curso acostumbrado, terminándose por la fanfarria que anuncia alegremente la victoria. Poco á poco el ruido disminuye, los sonidos se alejan, el bosque recobra su calma habitual, y únicamente se oyen, pero como un sordo murmullo, las pisadas de los caballos, dejando el auditorio bajo la impresión vertiginosa de un espectáculo imaginario, pero que parece que ha existido y que acaba de desarrollarse ante su absorto pensamiento.

En dicha obra es donde se revela la pasión que Haydín sentía por la caza, porque hay cosas que no pueden expresarse nunca con perfección si no han sido sentidas previamente.

Los grandes cazadores.—La caza de los grandes felinos era antes una especialidad, y se necesitaban hombres robustos y enérgicos, de gran alma y de vista clara, como dicen los árabes, para afrontar al león y á

la pantera. Los Gérard, los Pertuiset, los Bombonnel, los Chassaing eran esas personas distinguidas, que jugaban con esas cacerías peligrosas; las tribus las acogían como á salvadores, y han contribuido en gran manera á purgar el territorio argelino de esos huéspedes terribles, que diezaban los rebaños.

Gérard y Chassaing han muerto; Pertuiset, este hombre eminente y caprichoso, que ha cazado en todos los puntos del globo, ha abandonado su carabina por los pinceles, y traza en el lienzo los grandes espectáculos de sus cacerías en Patagonia y Argel; de modo que, hoy por hoy, Bombonnel ha quedado solo en la brecha.

Al lado de los cazadores de fieras, los demás venadores son figuras borrosas por el valor y el arrojo; pero en cambio se señalan por su inteligencia y fervor á San Huberto. Es tan ilustre la caza, que sería menester hacer desfilar casi todos los monarcas y grandes personajes de la edad media y moderna, que fueron cazadores. Basta colocar en el cuadro de honor de los grandes venadores modernos á monarcas como Víctor Manuel y Alfonso XII, entre los muertos, y el emperador de Alemania entre los vivos.

La caza y las bellas artes.—En las páginas de LA CAZA hallarán también nuestros lectores traza del estrecho comercio entre la caza y las bellas artes. ¿Cuántos asuntos de caza no han ocupado los pinceles de los mejores pintores? Las cacerías, los retratos de so-

beranos en trajes de cazadores, la caza muerta, etc., etc. han sido fuente de inspiración purísima para Velázquez, Rubens, Snyders, Vos, y de Wouwermans, Teniers y Delacroix.

La escultura ha llenado los monumentos de piedra, castillos y catedrales de trasuntos de caza.

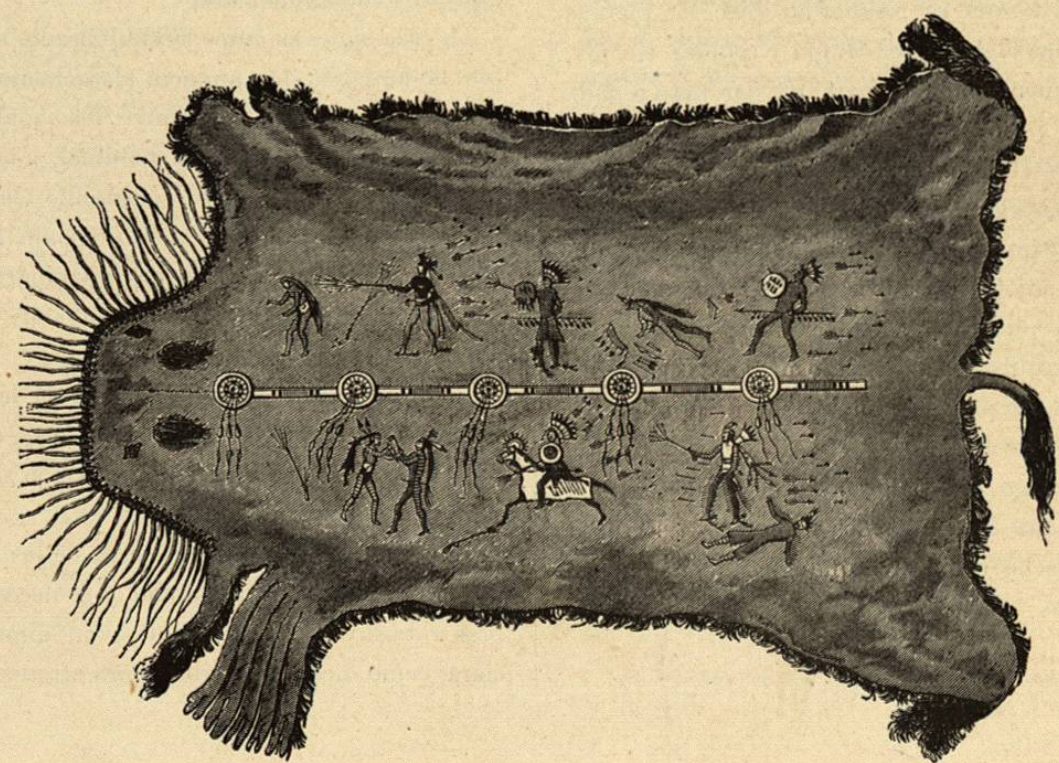
Los muebles de talla, riquísimamente labrados así en la antigüedad como en nuestra época, son acabadas muestras de la influencia de la caza en las bellas artes.

La caza y la caricatura.—Las escenas jocosas que representan nuestros grabados y que hacen rebotar la sonrisa al labio, son animada galería de asuntos, más elocuente y pintoresca que una serie de chascarrillos de almanaque, las más veces sin el menor asomo de gracia.

Los cuentos y narraciones que para el descanso de la lectura venatoria, abundan en nuestra obra, nos dispensan de llenar inacabables páginas que harían eterna LA CAZA.

La religión y la caza.—En la parte histórica de nuestro libro, hallarán nuestros lectores que, en los primitivos tiempos, las ocupaciones de la caza eran consagradas por la religión. Los vedas en la India, el panteón mitológico en Grecia y Roma y la Biblia abundan en textos, que denotan á tiro de ballesta que la caza era una ocupación noble, casi divina, heraldo de la guerra, campo de ofrenda á las divinidades y á los dioses.

FIN DE LA OBRA LA CAZA EN TODOS LOS PAISES Y Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS



ÍNDICE DEL TOMO IV

PERROS, CABALLOS, ARMAS,

LEGISLACIÓN, ETC.

	Páginas		Páginas
CAPITULO PRIMERO		CAPITULO IV	
Perros de caza.	5	Legislación de caza.	49
I. Lebreles.	6	CAPITULO V	
II. Mastines.	8	Artificios de caza.	61
III. Dogos.	8	CAPITULO VI	
IV. Perros de caza.	8	Sitios reales, parques de caza etc.	81
1. Perros zarceros.	9	CAPITULO VII	
2. Perros de muestra.	10	Venatoria moderna en España.	107
3. Perros corredores.	12	CAPITULO VIII	
V. Perros falderos.	14	Eptlogo.—I. Pelo y pluma.—II. Higiene de la caza.	
VI. Perreras.	14	—III. Trajes y calzado.—IV. La música y la caza.	
VII. Enfermedades de los perros.	16	—V. Los grandes cazadores.—VI. La caza y las bellas artes.—VII. La caza y la caricatura.—VIII. La venatoria y las religiones.	
CAPITULO II			
Caballos de caza.	29		
CAPITULO III			
Armas de caza.	33		